

§ II.

En el siglo décimo quinto, Francia no pensaba absolutamente en cruzar el Océano. España estaba completamente absorta en su lucha contra los Moros y aspiraba á la realizacion de su unidad nacional. La ambicion de los puertos del Océano germánico se limitaba al gran cabotaje. Un buque flamenco descubrió por verdadera casualidad las Azores. Venecia limitaba sus navegaciones al Mediterráneo. Génova que enviaba sus buques al mar de Levante y al mar Negro, no pasaba frecuentemente el Estrecho de Gadés. Inglaterra no intentaba ningun descubrimiento en el Atlántico. Las naves danesas y noruegas no se alejaban mucho de las costas de Europa. Sólo el reino de Portugal, á impulsos del infante don Enrique, habia dado gran desarrollo á su marina, mas sus marinos no se alejaban mucho de la costa de África. Todavía procedía por tanteos y largas intermitencias. En el espacio de diez y ocho años vaciló en ir más allá del cabo Bojador, reconocido ya por sus buques desde el año 1435. Sus marinos se detenían delante del cabo *Non*, llamado de este modo porque no se debía traspasar, porque decían que á la otra parte se extendía ya *el mar tenebroso*. Aunque Portugal tenia ya establecimientos en el río de Oro, en el cabo Verde y en la costa de Guinea, empleó más de medio siglo en adelantar más allá del cabo de las Borrascas. No se atrevió á doblarlo hasta despues de la segunda expedicion de Colon.

¿Dónde están, pues, ese presentimiento general, esa espectacion de los pueblos? Un solo soberano en toda Europa piensa en aumentar sus reinos por mar: ese es el rey de Portugal. Sólo él posee una especie de escuela naval, y el único puerto donde se trabaja para el progreso de la náutica. Tan moderado era el anhelo en Lisboa, tan poco sensible en aquella poblacion de marinos, que era preciso reclutar, fuera de la capital y aun del reino, los oficiales, hidrógrafos y cosmógrafos. La mayor parte de sus primeros pilotos procedían del extranjero.

Se nos dice: «En el siglo décimo quinto la aspiracion á las regiones misteriosas, las empresas marítimas, los sueños romancescos de aquellos sublimes aventureros que recorrían como conquistadores la faz de la tierra, eran la idea, el carácter, el ideal del tiempo (1).» Nosotros respondemos muy sencillamente que en el siglo décimo quinto ningun aventurero sublime ó no, recorría como conquistador la

(1) *Journal officiel de la République française*, 19 febrero 1875.

faz de la tierra, y que las aspiraciones hacia las regiones misteriosas, así como las empresas marítimas, no se convirtieron en el ideal de aquella época sino muy posteriormente al triunfo de Cristóbal Colon.

No pongamos *Antes* lo que no vino hasta *Despues*. Los aventureros, más ó ménos sublimes, los Juan Ponce de Leon, los Vasco Núñez de Balboa, los Diaz de Solís, los Grijalva, los Hernan Cortés, los Pizarro, son del siglo DÉCIMO SEXTO y no del DÉCIMO QUINTO.

Con igual confianza añade el Redactor del *Journal Officiel*:—«La fuerza de las cosas, el desarrollo de la ciencia marítima, el presentimiento del universo imponían el descubrimiento del Nuevo Mundo. Vasco de Gama hallaba el camino de la India por el Cabo de Buena Esperanza, al propio tiempo que Colon navegando en sentido inverso en sus pequeñas carabelas, llegaba al archipiélago de las Antillas.» Por de pronto haremos observar que Vasco de Gama no dobló el Cabo de Buena Esperanza *al propio tiempo* que Colon llegaba á las Antillas.

No confundamos las fechas.

Cristóbal Colon hizo su primer descubrimiento el año 1492.

Vasco de Gama no dobló el Cabo de Buena Esperanza hasta el año 1497.

Verificábase, pues, más de cuatro años despues de la segunda expedicion del vencedor del *mar tenebroso*, cuando su doble buen éxito habia disipado el espanto é inflamado las imaginaciones. En cuanto á la fuerza de las cosas, al desarrollo de la ciencia marítima y al presentimiento del universo que imponían el descubrimiento del Nuevo Mundo, podemos tener su justa medida en la facilidad que encontró Colon para ejecutar su plan de descubrimiento.

En vez de la acogida habitualmente dispensada á toda idea puesta ya en boga, y simpática á las disposiciones generales, sólo encuentra en todas partes el navegante genoves indiferencia, desdeñ é incredulidad. Dirigese primeramente por inclinacion de su alma, á su ciudad natal que poseía una escuadra considerable. Su proyecto es reputado por quimérico. Génova no tiene intereses en el Océano, no tiene ninguna necesidad de descubrir tierras desconocidas. Desechado por su patria, Colon propone su plan á Venecia, cuyas naves cubren el Adriático; la República de San Márcos no ha sentido tampoco esas supuestas aspiraciones del universo. El futuro Revelador del Globo ofrece á Portugal, que se gloria de dar impulso á la navegacion, la adquisicion de tierras desconocidas en el seno del Océano. Los miembros de la comision de cosmografía, reunidos para juzgar de su plan, lo desechan por irrealizable. Sólomente el Rey cree en la posibilidad del buen éxito.

Como rasgo suficientemente característico de aquella época, los Consejeros de la Corona, léjos de tener aquellos presentimientos misteriosos, de compartir aquellas aspiraciones universales de que se habla, se oponen á los descubrimien-

tos en el Océano, y su presidente se pronuncia claramente contra el proyecto del navegante genoves. Juan II persiste solo en sus esperanzas. En Portugal, país del progreso marítimo, nadie se cuida de las tierras trasatlánticas. Nadie sueña en ellas; las imaginaciones permanecen tranquilas. Entre los cosmógrafos y pilotos no hay ningún valiente que se atreva á arrostrar el *mar tenebroso*. El occidente tiene funesta nombradía; los ánimos se desvían de allí. Es una particularidad muy profundamente significativa que el más célebre de los cosmógrafos contemporáneos, Martin Belsaim, fué del número de los que desaprobaban el proyecto de Colon (1), é insistía en que los Portugueses debían sólo continuar sus investigaciones al sudeste.

¿Dónde está pues esa supuesta «idea que en Italia, España, Portugal y Francia atormentaba á un pueblo de navegantes? (2)» Y ¿dónde estaba ese pueblo de navegantes? Francia contaba pocos marineros, exceptuados sus atrevidos pescadores de Dieppe y Malouins. Los Italianos no salían del Mediterráneo. Los holandeses pensaban más bien en defender sus diques contra el mar que en medir su extensión. Portugal no atendía sino al aumento de sus factorías en la costa occidental de África. En España se ocupaban raras veces del Océano; en lugar de entusiasmo no encontramos sino terror entre los marinos del litoral, cuando se trata de navegar hacia el Oeste. Para obligarles á que se embarcaran á las órdenes de Colon, fué preciso emplear la fuerza.

Hasta aquí buscamos en vano el menor indicio de esas corrientes de la opinion, de esa excitacion de los ánimos, de los sueños de muy ricas comarcas situadas allende los mares, y que daban profusamente aromas, oro, pedrerías, etc. Los pueblos de Europa se muestran en todas partes indiferentes á esas brillantes perspectivas. La mayor parte de ellos parece que ni siquiera tienen idea de esas cosas. Los mismos países marítimos demuestran poca confianza en esos proyectos de grandes aventuras. El vulgo se mantiene completamente ajeno á todo. Y podemos muy bien decir que se cuidaban mucho ménos entónces de descubrimientos por hacer en el Océano, de lo que hoy por saber las fuentes del Nilo ó el curso del Zambeza.

¿Tenemos fundamentos para pensar que por otra parte los sabios, los hombres de estudio y reflexion hayan sentido más esos deseos de aumento terrestre, entrevisto esas esperanzas; y que las cuestiones de geografia hayan llegado á convertirse, como lo decimos ahora, «en la orden del día?» La escuela de la filosofia histórica así lo quiere, pero sin dar la menor prueba de ello. Habría motivo para

(1) CESARE CANTU. *Historia universal*, tom. XIII, p. 78, en 8.º

(2) CHARLES DE MOUY. *Journal officiel de la République française*, 19 febrero 1875.

maravillarse mucho, si en cada nacion europea, cuatro ó cinco individuos se hubiesen ocupado en mapamundis? ¿Podriase asegurar por esto que el talento humano se aplicaba con ardor á los problemas geográficos? Á buen seguro que no. Pues bien, ese número tan insignificante es todavia demasiado crecido. En lugar de cuatro ó cinco individuos aficionados á la cosmografía, no se contaban dos siquiera en cada Estado, por término medio.

Ni Francia, ni Flandes, ni las ciudades anseáticas presentan uno solo de ellos de alguna celebridad. Alemania no tiene más que Martin Rehaim, natural de Nuremberg, pero obligado á vivir en Lisboa, ó ir á las Azores para instruirse y perfeccionarse. Inglaterra no puede honrarse sino de un extranjero, el veneciano Juan Cabot, que pasó á su servicio con su joven hijo, Sebastian. Sólo Italia nos muestra un verdadero cosmógrafo, el médico de Florencia, Pablo Toscanelli, que vivía en continuas relaciones con la corte de Roma. España no posee más que un cosmógrafo, el joyero poliglota, viajero, teólogo y poeta, don Jaime Ferrer. Portugal, más favorecido bajo el concepto de las ciencias geográficas, no puede, no obstante, citar ninguna notabilidad especial. Despues del infante don Enrique y el maestro Jaime el Mallorquin, sus mejores capacidades quedaron sin gloria. Los osados navegantes Nuño Tristan, Gonzalo Vello, Juan de Santaren, Diego Cam, Bartolomé Diaz, eran marinos, pero no geógrafos. Aparte del canónigo Fernando Martinez, á quien el rey encargaba que consultara al florentino Pablo Toscanelli, Lisboa, en la época en que Colon vivía allí; nos ofrece sólomente como capaces de apreciar su plan al doctor Diego de Casadilla, obispo de Ceuta, al médico del Rey, Rodrigo, y al médico judío, José.

En los años que precedieron al descubrimiento, existía ya cierta animacion intelectual en las regiones meridionales de Europa; pero no se extendía á las muchedumbres, y se limitaba á las escuelas, á las universidades. Era la época del despertar de las letras, la resurreccion del helenismo con su cortejo obligado de figuras mitológicas. Contábanse entónces muchos más poetas y literatos que eruditos, y muchos más eruditos que cosmógrafos. La prueba de lo muy raros que eran estos últimos, es la dificultad que hubo para formar una junta científica cuando se trató de examinar el proyecto de Colon. Portugal no pudo componerla más que de tres miembros. Despues de muchos esfuerzos logró España reunir algunos matemáticos y astrónomos, presididos por un prelado completamente ajeno á las ciencias exactas, que tuvo por suplente al doctor en derecho, Rodrigo Maldonado, regidor de Salamanca. Á falta de geógrafos fué preciso echar mano de teólogos.

Así, pues, ni el pueblo, ni la clase de los marinos, ni la de los sabios experimentaban las ansiedades de una espectacion general. Hablando en realidad de verdad, excitaban vivo interés, acá y acullá, en algunos talentos dados al estudio

de la historia natural y de la geografía, las noticias llegadas de Lisboa, centro de las relaciones oceánicas; pero ¿quién suscitó repentinamente ese ardiente deseo de conocer y extender el dominio de la ciencia?

¿No fué por ventura Colon?

Si, convenimos en ello, un movimiento rápido ensanchó las inteligencias en los últimos siete años del siglo décimo quinto; sólo que, lejos de haber dado ocasión al descubrimiento con la fuerza de su corriente, ha sido directamente su resultado, como la consecuencia lo es del principio. No se alcanzaron sus primeros indicios hasta después de la triunfal recepción de Cristóbal Colon en Barcelona.

No olvidemos la circunstancia de que las diligencias practicadas en diferentes países, por los más nobles de los peticionarios, habían durado cerca de veinte años; y, mucho antes de su buen éxito, habían atraído la atención acerca de la extensión de la Tierra, su forma, los descubrimientos posibles en el espacio de los mares, etc. De Génova, Venecia, Lisboa, Canarias, Sevilla, se habían esparrado sus ideas en los puertos, habían germinado en algunos sabios y suscitado otras cuestiones. De ahí las predisposiciones latentes que sirvieron para el desarrollo repentino de los conocimientos humanos, y el afán de las ciencias hacia las nuevas adquisiciones de la inteligencia después del anuncio del descubrimiento.

En lugar de haber concentrado en sí la idea de todos, había proyectado el descubridor del Nuevo Mundo su propia concepción sobre su época y los siglos que le siguieron.

Colon no tomó, no recibió, no adquirió nada absolutamente de los que le siguieron.

Vino en el tiempo señalado por la Providencia para realizar sus decretos. Los racionalistas quieren absolutamente ver en su empresa la ejecución de la idea general de su época, mientras que esta no le ha mostrado generalmente sino incredulidad, sospechas y desdenes antes de su descubrimiento; y después de él, iniquidad, ingratitud y, finalmente, olvido. También le atribuyen grande superioridad en la náutica, y, sin embargo, no ha sido superior á los marinos de su época por ningún conocimiento técnico, ninguna teoría, ningún instrumento de observación. La Academia de Ciencias de Berlín y la de París le han librado, en buenas palabras, un certificado de ignorancia, firmado por el ilustre Alejandro de Humboldt y el gran geógrafo A. Babinet. El primero le declara «desprovisto de cultura intelectual... desprovisto de instrucción, profano en física y ciencias naturales... pero versado en matemáticas (1).» El segundo tiene lástima de su igno-

(1) A. HUMBOLDT. *Cosmos*. t. II, p. 320 y 337.

rancia acerca de las cuestiones cosmográficas; le juzga más atrasado de lo que correspondía al que hubiese vivido en tiempo de Alejandro Magno, y cree «á Aristóteles mucho más adelantado en geografía que Cristóbal Colon (1).»

Efectivamente, ciertos marinos contemporáneos de Colon ó discípulos de sus émulos le han declarado por su parte un navegante mediano. El más hábil cosmógrafo de su época, glorificando su misión, no dice una palabra de sus cualidades náuticas, ni descubre en él nada notable, como no sea su ministerio providencial. Él mismo que conocía, á buen seguro, mejor que nadie, la insuficiencia de su saber, confiesa que el discurso, las matemáticas, y los mapamundis le prestaron muy débil apoyo para su empresa (2). Un navegante, Sebastian Cabot, quien en la época del descubrimiento se encontraba en la corte de Inglaterra, escribe que la empresa de Colon ha sido juzgada allí más divina que humana (3). El sapientísimo historiador de la marina española, Cladera, muy bien informado de los pormenores de aquel prodigioso acontecimiento, asegura que le sería preciso violentar su razón para creer que en aquella operación sublime no estuviera asistido Colon de un auxilio celestial (4). Bibliógrafos hay, no obstante, suficientemente obcecados por el orgullo para sostener magistralmente que el descubrimiento estaba en el curso natural de las cosas en aquella época, y capaces de designarnos hasta el año, el mes y el día que se le hubiera visto realizar á falta de Colon. El maestro de los bibliógrafos actuales, el americano Enrique HARRISSE, la fijó para el 22 de abril del año 1500. (Siempre el *post hoc, propter hoc*).

Pues bien, nosotros decimos muy alto que el Nuevo Mundo no se habría descubierto sin la persona de Cristóbal Colon.

Su persona y su descubrimiento eran los dos términos necesarios de una operación de matemáticas celestes. La prueba de esto la hemos dado en otro libro. Para el descubrimiento no bastaban la ciencia, experiencia, intrepidez y constancia. Portugal se había apoderado subrepticamente de las ideas, del plan, de los mapas, de las notas y de los datos científicos de Colon. Poseía los mejores buques y los más hábiles capitanes. Ensayó la aventura, pero inútilmente. Durante siete años, tuvo el Rey toda clase de facilidades para renovar la prueba de la empresa, y no pudo lograrlo, porque no tenía consigo al hombre predestinado. Juan II acabó por

(1) A. BABINET. *Influence des courants de la mer sur les climats*.

(2) «Yo dije que para la ejecución de la empresa de las Indias no me aprovechó razón, ni matemática, ni mapa mundis.»—CRISTÓBAL COLON, *Libro de las profecías*, fól. 1v.

(3) «A thing more divine than human»—*Memoir on Sebastian Cabot*, illustrated... p. 10.

(4) CLADERA. *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el mar Océano*. página 45.